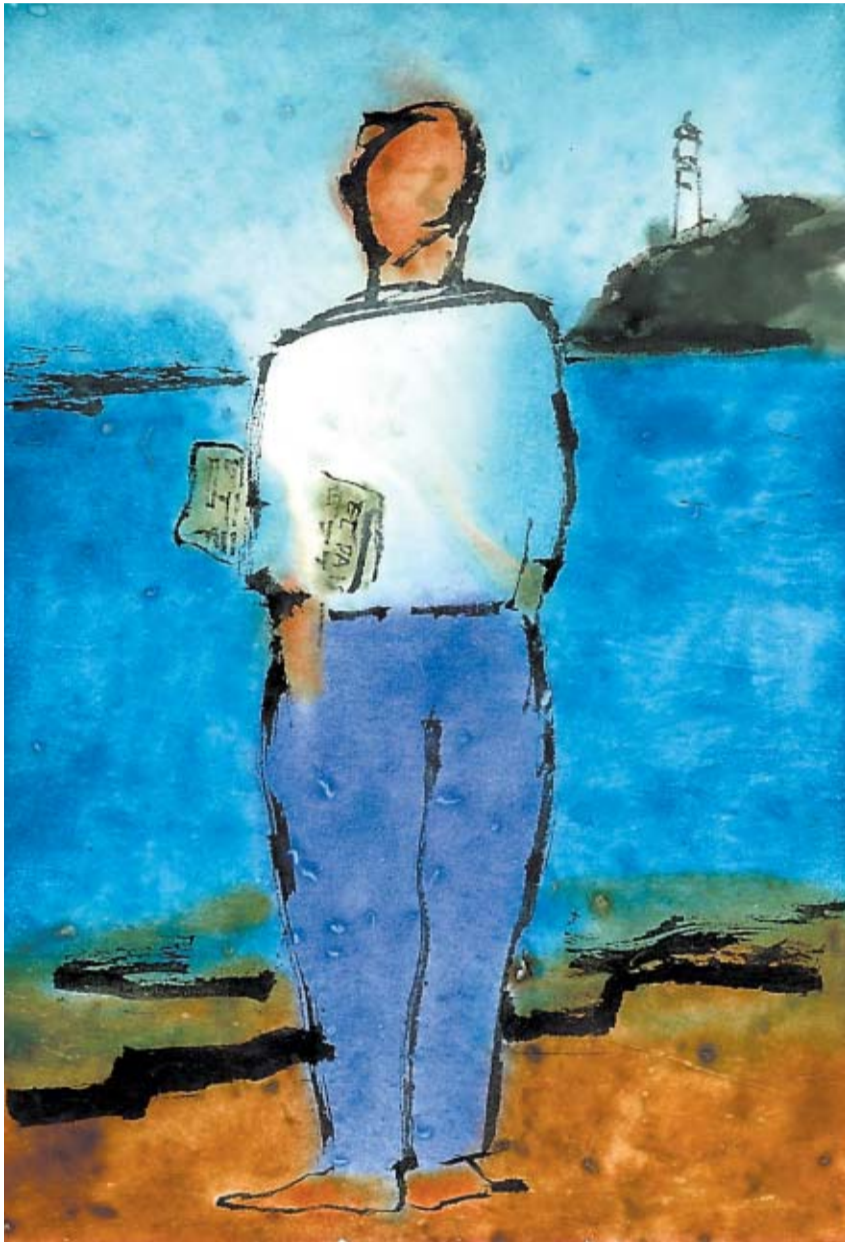


# EL PAÍS por dentro



PERICO PASTOR

## DE LA DEMOCRACIA A LAS CÉLULAS MADRE

Por **Lluís Bassets**

**E**l primer número de EL PAÍS se publicó el 4 de mayo de 1976, con 48 páginas. Salió seis días a la semana, de martes a domingo, hasta el 19 de abril de 1982, día en que se convirtió en un diario de siete días, de lunes a domingo. Desde aquella lejana fecha hasta ahora, EL PAÍS ha salido todos los días, uno detrás de otro, con algunas pocas excepciones pautadas —dos días festivos al año, uno en Semana Santa y otro en Navidad— y unas muy pocas huelgas generales —dos, según creo— hasta cumplir los 10.000 días seguidos este 18 de octubre de 2004.

EL PAÍS ha celebrado de formas muy distintas sus efemérides. La primera vez

en que el periódico quiso observarse a sí mismo en la perspectiva del tiempo y de la duración fue cuando cumplió medio año de vida, el 4 de noviembre de 1976. Su artículo editorial aseguraba con el aplomo de una premonición algunas cosas que se han revelado totalmente ciertas: “Este periódico, decimos, aspira a ser una institución”. Y añadía: “Por utópico o singular que resulte nuestro empeño, desde el primer día de existencia hemos querido demostrar que la prensa debe y puede ayudar al proceso de la construcción de la democracia en España. Y no a una opción política concreta, sino a la democracia como conjunto de valores que han hecho posible una vida colectiva digna y libre en Occidente”.

Ha habido luego dos tipos de celebraciones, unas al hilo de los aniversarios y otras de la cuenta de sus números. Cada una de las ocasiones —especialmente los aniversarios más sonados, como el décimo, el vigésimo y el vigésimo quinto— ha dado lugar a un cierto alto en el camino, en el que no ha faltado un gesto de introspección y de explicación a los lectores sobre el funcionamiento del propio periódico por dentro. Es verdad que los periodistas no deben aspirar al protagonismo de las noticias. Pero en este caso no se trata de hablar tanto de periodistas como de *la institución*. Cuando de pronto alguien se para, en alguna ocasión especial como ésta,

Pasa a la **página 224**

Viene de la **página 223**

y observa lo que ha sido la vida de un diario, surge una cierta sorpresa. Aparece una obra descomunal, fruto del trabajo de millares de personas, muchas de ellas anónimas, y de la adhesión crítica y activa de millones de lectores, algo que necesariamente suscita una ambigua sensación de orgullo y humildad a la vez. De orgullo por estar ahí, entre muchos otros, y de humildad por la enormidad de la tarea, que supera a cualquier individuo y sólo permite alcanzar una explicación en las cualidades y calidades de una entera sociedad, de un país.

Hace apenas cuatro años, cuando celebramos el 25º aniversario del periódico, invitamos a un periodista francés, buen conocedor de la casa y de su historia, a que realizara un *Retrato del periódico por dentro*. Su diagnóstico tiene plena vigencia y sirve tres años después. "Hoy EL PAÍS asume un papel aplastante para un medio; es a la vez un veterano de la transición española, un modelo para la prensa del mundo entero, una institución imprescindible en la vida pública de España y el buque insignia del grupo de comunicación PRISA. Además, es víctima de una imborrable injusticia: se le describe todavía de manera reduccionista como el 'diario de la transición' o el 'diario de la democracia'. La matriz histórica donde nació se convirtió en la naturaleza de su identidad, la más cara de su personalidad", escribió Jean-François Fogel. "Sólo desde el ejercicio pleno de la libertad se podía hacer el periódico que soñábamos", escribió el actual director Jesús Ceberio en el mismo número de celebración.

## Ahora, en la época de los ordenadores, los 'e-mails' y los móviles, todo es más silencioso en la Redacción

El día en que se escriben estas líneas acaba de publicarse el número 9.980, con fecha de 28 de septiembre de 2004. Tiene 72 páginas, a las que hay que añadir, en el caso de Madrid, 24 páginas más del cuadernillo de información local. Tiene otros cuadernillos locales para Cataluña, País Vasco, Comunidad Valenciana y Andalucía, una edición europea y otra americana. Lleva unas páginas especiales dedicadas a Salud, al igual que los lunes contiene las de Educación y los miércoles las de ciencia bajo la rúbrica de Futuro. Otros días de la semana hay más páginas especializadas, publicadas como una revista semanal específica: los jueves son dos, *Ciberpaís* y su suplemento especial editado con *The New York Times*; los viernes, *Tentaciones y Propiedades* en Madrid, los sábados *El Viajero* y *Babelia*, y los domingos, día de amplia oferta, la revista a todo color

EPS (*El País Semanal*), el suplemento *Domingo*, de reportajes y repaso de la semana, y *Negocios*. EL PAÍS ha crecido hacia dentro, multiplicándose en ediciones, suplementos, revistas y páginas especiales; también lo ha hecho en difusión, de forma que se situó en el liderazgo de la prensa española al poco tiempo de su salida y no ha abandonado ya esta posición; y lo ha hecho también en beneficios, única garantía de independencia para una publicación que se sustenta de sus lectores y anunciantes. Pero también ha crecido por fuera, como almendra de un grupo de comunicación de vocación española y latinoamericana que empezó con la incorporación de la cadena SER y luego

con Canal + y los muchos proyectos de prensa, radio y televisión que luego han ido convirtiéndose en realidades alentadoras.

¿Aquel periódico de 48 páginas es el mismo que llega hoy a los lectores con la cifra mágica de 10.000 en su cabecera? Como en los organismos vivos, el tiempo ha mudado casi todas sus células y órganos. Todo ha cambiado también a su alrededor. El país que lo vio nacer ni siquiera era todavía una democracia parlamentaria, no se hallaba integrado en la Unión Europea y era una pobre tierra de emigración y todavía de exilio, en vez del próspero lugar de acogida de millones de extranjeros como ahora. El mundo se hallaba dividido

por el telón de acero y vivía en una guerra fría entre comunismo y capitalismo. Nadie podía imaginar que algún día un terrorismo internacional de perfiles borrosos desbordaría en crueldad y capacidad de matar a los grupos terroristas locales que entonces todavía inquietaban a las sociedades europeas, incluida la española.

Los periódicos se hacían entonces con vetustos sistemas de producción industrial que casi no habían cambiado en los últimos cien años. EL PAÍS fue el primer diario español que nació directamente bajo el impulso de las nuevas tecnologías que habían llevado a la desaparición de la composición en caliente, es decir, con tipos de plomo. Una redacción de 1976 es un lugar inimaginable desde 2004: el ruido de las máquinas de escribir, los montones de papel, los carretes de película fotográfica, los teléfonos y el humo de los cigarrillos han sufrido una metamorfosis radical. Ahora, en la época de los ordenadores, de los mensajes por *e-mail* y de los teléfonos móviles, casi todo transcurre sin bullicio y sin estridencias en las pantallas. EL PAÍS de 1976 se imprimía entero en Madrid y se distribuía por todos los medios de transporte al alcance. Desde hace ya algunos años, imprimir a la vez en varios puntos de España y del planeta es algo habitual. E incluso la impresión empieza a ponerse en cuestión tratándose del volcado de los diarios en Internet.

Ha cambiado, naturalmente, el grupo humano que hace EL PAÍS. Mucho más numeroso ahora, más variopinto y con más mujeres, aunque no tantas en los puestos de dirección como haría falta. Veintidós periodistas del grupo originario siguen trabajando ahora mismo en EL PAÍS. Y la fidelidad de los lectores, según las encuestas, es extraordinaria: más del 45% asegura que lo lee desde el primer día en que salió.

Por cambiar, lo que más ha cambiado ha sido el precio, e incluso la moneda: 10 pesetas de 1976, equivalentes a 0,06 euros, y un euro de 2004, equivalente a 166 pesetas. Pero no ha cambiado la cabecera, ni su lema "Diario independiente de la mañana". Tampoco su dirección de Madrid, la sede central de Miguel Yuste, 40. Ni la ley fundamental, que está en los principios del *Libro de estilo*, aprobado en 1977 y que tiene en su segundo artículo la piedra angular: "EL PAÍS se esfuerza por presentar diariamente una información veraz, lo más completa posible, interesante, actual y de alta calidad, de manera que ayude al lector a entender la realidad y a formarse su propio criterio".

Tampoco ha cambiado algo que está en todos y cada uno de los 10.000 números de EL PAÍS sin que pueda localizarse de forma precisa en ninguno en particular. Un diario al final también es su historia, una tradición, una forma de hacer y percibir el mundo que se fragua día a día y día a día se va manifestando y percibiendo desde su lectura. La marca, el logotipo, tan característicos, se aso-

Pasa a la **página 226**



Fotografía de la Redacción de EL PAÍS tomada en la rotativa días antes de la salida del periódico, el 4 de mayo de 1976. / CÉSAR LUCAS

### EL PAÍS DE 1976

Augusto Delkáder

## 10.000 números en nuestros lomos

EL PERIODO comprendido por la publicación de 10.000 números de un periódico constituye un espacio temporal razonablemente dilatado para comprobar a través de sus páginas profundas transformaciones sociales y cambios sustantivos en el propio diario.

La etapa vivida desde el 4 de mayo de 1976 en España y en el mundo se caracteriza además por configurarse como un periodo singular de cambios sociales y políticos de gran calado.

El nacimiento de EL PAÍS coincidió con el incierto inicio de la transición política española, la antesala de cambios tecnológicos y del mundo que iban a suponer un orden social nuevo, cuyos perfiles definitivos todavía continúan en proceso de decantación y asentamiento.

El respeto a la veracidad de la información, el contraste y la confidencialidad de las fuentes son instrumentos que se han mantenido como leyes de bronce del oficio en esta redacción.

Cuando nació EL PAÍS, los medios de comunicación españoles salían preñados de una convivencia —complaciente o entusiasta— con la dictadura. Inmersos en una crisis económica, tecnológica y de credibilidad social, padecían —salvo contadas excepciones— un desconcierto estratégico y una dificultad para su adaptación a los nuevos tiempos.

En aquellos momentos, los periodistas se ganaban un escaso jornal, mayoritariamente estaban en el ejercicio de la profesión por motivaciones contradictorias y extrañas, carecían de respetabilidad social y sus horizontes profesionales eran inexistentes y, en bastantes casos,

gremialistas. El comienzo de la transición situó a los periodistas en un papel desenfocado concediéndoles un protagonismo perverso, sólo explicable por las circunstancias que rodeaban la época. Ante este panorama de confusión, EL PAÍS y otros medios simbolizaron un camino para el establecimiento del periodismo como una profesión moderna y de futuro.

Parte de este emprendimiento continúa siendo una asignatura pendiente. La falta de adaptación a los cambios sociales producidos permite situar hoy día en el mismo cajón de periodistas a gente de muy diverso pelaje y que se dedica a labores variadas. Es cierto que, en 1976, las redacciones estaban trufadas de confidentes de la policía, los servicios económicos y empleados de los poderes, y hoy ese papel se ejerce con técnicas sofisticadas, bajo los corpiños, en gente indecente y amparada por algunos líderes políticos, que se sienten depositarios de la verdad.

El periódico nació con vocación decidida de ejercer un liderazgo en la opinión pública para un periodo de

Pasa a la **página 225**

Viene de la página 224

cian precisamente a estos elementos intangibles tan valiosos y reconocibles por los lectores. A fin de cuentas, un diario es un diario, sólo un diario. Y lo es en el hecho perecedero y efímero de que funciona como el día que le da el nombre: vive 24 horas, quizá con grandes expectativas cuando amanece, y luego desaparece —o queda archivado— tal como es, como lo que ha sido. Se le pide mucho y quizá da poco, que, a pesar de todo, ya es muchísimo: todo lo que puede dar. Pero esto lo hace como cada uno en la vida hace con sus días, a su estilo.

Hace 10.000 números estábamos en España en un tiempo de espera, de inminencias. Basta con leer el artículo editorial de la primera página del periódico. Nos hallábamos los españoles “en una constante y prolongada expectativa de cambio político que no acaba de producirse”. “Este país”, decía, “lleva esperando cuarenta años —exactamente desde el comienzo de la guerra civil— la normalización de su convivencia política”. Ahora, en cambio, no

## Llegó al quiosco con una nítida áurea de virginidad. Ahora es parte de la historia de España

hay esta sensación de larga e impaciente espera asociada al cambio político. Y si hay algo de un calibre parecido, es compartido como mínimo por todos los europeos, y es algo así como una cierta incertidumbre vinculada a la nueva geometría política y económica del mundo, que se traduce en los temores que generan el terrorismo internacional y la desaparición de fronteras a la que llamamos globalización.

Espera, y también certezas. EL PAÍS se convirtió desde el primer día en un firme partidario de la democracia, de las libertades individuales, de la integración de España en Europa, y de la modernización económica, cultural y en definitiva civil de la sociedad española. Eran certezas que se levantaron como estandartes en momentos especialmente difíciles, como el 23-F, que ha marcado el carácter y el destino del periódico.

Ahora hay pocas certezas y muchas perplejidades, una idea que apareció a mitad de los años ochenta en el seno del periódico y que no tan sólo no se ha despejado, sino que es cada vez más intensa. “El mensaje con el que nació EL PAÍS hace 5.000 números”, escribió Joaquín Estefanía en el correspondiente número de celebración, en diciembre de 1990, cuando era director,

“sigue vigente, aunque probablemente ahora nuestra labor sea menos la de impulsar certezas que la de estimular la reflexión, las dudas y la crítica”.

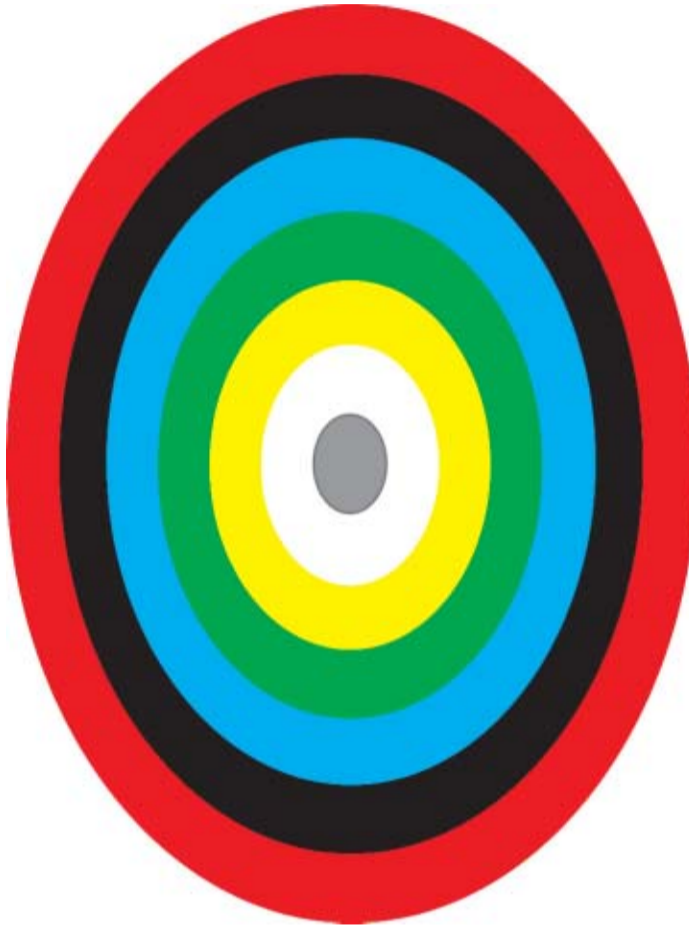
EL PAÍS acudía al quiosco con una nítida aura de virginidad. No tenía pasado. No había tenido tratos con la dictadura. Ahora, en cambio, este periódico es ya parte de la historia de España. Y como es normal, ha tenido tratos, no siempre plácidos, con los Gobiernos que se han sucedido en nuestro país desde que la democracia parlamentaria se ha convertido en algo asentado. Además, se ha acercado ya a la cifra de los años que exigen los historiadores para empezar a hilvanar el relato de los hechos, situar a los protagonistas, interpretar con perspectiva el papel jugado por unos y otros.

Lo prueba el libro de dos historiadoras, María de la Cruz Seoane y Susana Sueiro, que estará en las librerías estos mismos días, y de cuyas páginas se publican extractados algunos capítulos en este suplemento. Y también, las ausencias, los personajes que han desaparecido y se han inscrito ya en el pasado, en la historia, en las entradas de las enciclopedias, por sus actividades vinculadas a este periódico.

Apenas quince días después del primer número aparecía un editorial titulado *Por una moral civil*. “Existe una serie de temas íntimamente ligados con el pleno ejercicio de las libertades individuales que rara o superficialmente aparecen en los debates públicos”, empezaba diciendo. “Son cuestiones que atañen a lo que llamaríamos una moral civil y que son sistemáticamente silenciadas o frivolidadas”. No había entonces divorcio, estaba prohibida la contracepción, la interrupción del embarazo era un delito en todos los casos y la igualdad entre hombres y mujeres no estaba reconocida ni siquiera en las leyes civiles. “La clave de estos asuntos”, añadía, “reside efectivamente en que la Iglesia y el Estado asuman sus competencias específicas sin interferirse. O más concretamente, que el Estado asuma sus propias responsabilidades en materia de moral civil, hasta ahora dimitidas a favor de una moral pública estrictamente religiosa”.

Hoy día, aunque han terminado los combates por la democracia de nuestra

transición, no suenan como desfasadas estas apelaciones a una moral civil. Los debates sobre la paridad entre hombre y mujer, la integración de los inmigrantes, el mestizaje, las nuevas formas de familia y, sobre todo, la investigación biomédica y la experimentación con células madre, que puede permitir la curación de muchas enfermedades y el alivio de mucho dolor inútil, son capítulos ahora de nuevos combates por las libertades de los ciudadanos y



CRUZ NOVILLO

por esa moral civil que se reivindicaba en hora tan temprana.

El valor era entonces el cambio. Ahora es la continuidad, la capacidad para persistir y resistir. “La actitud y el tono de la prensa diaria tienen que cambiar si se quiere ayudar a la construcción de una democracia en nuestro país. En la medida de nuestras posibilidades, nosotros trataremos de hacerlo”, escribió Juan Luis Cebrián el 4 de mayo de 1976. Lanzaba aquel día un diario que “se ha soñado a sí mismo como un periódico independiente, capaz de rechazar las presiones que el poder político y el del dinero ejercen de continuo sobre el mundo de la información”.

Había que cambiar y se cambió, y ahora el valor equivalente es la duración.

Celebrar 10.000 días, con sus 10.000 primeras páginas, sus más de 20.000 artículos editoriales, varias decenas de miles —quizá 30.000 o 40.000— de cartas al director publicadas, y el medio millón de páginas editoriales equivalentes a varias enciclopedias juntas, es un homenaje a la continuidad, a la duración y al deseo implícito y suavemente escéptico de duplicar la cifra: los próximos 10.000 números, que tienen como plazo de cumplimiento el año 2031. ¿Dónde estaremos

todos nosotros? ¿Dónde los periódicos impresos en papel? ¿Dónde el periodismo?

Un diario es la flor de un día. Diez mil diarios, en cambio, componen un laberinto de letra que exige en algún momento la perspectiva de la historia o la pausa y la reflexión que imponen la celebración y el aniversario. El diario y su historia son como la rosa y el ciprés que canta el poeta. Hay un momento de la rosa, cotidiano, frágil y efímero, y hay un momento del ciprés, grave, elegíaco. Éste es el momento a la vez de la rosa y del ciprés, del presente y del pasado que se proyectan en el futuro. Y hasta tal punto son verdaderos los versos de T. S. Elliot, que también adquiere validez su frase célebre que identifica nuestro fin con nuestro principio. Lo esencial de EL PAÍS está en las 48 páginas de los primeros días en que salió a la calle. Mucho ha cambiado desde entonces. “Es mejor ahora”, sentencian algunos en la mirada docta de hemeroteca. Pero la almendra es aquel principio y su futuro está allí, en la potenciación y preservación de lo que le dio vida al principio.

Los periodistas que hicieron el número 1 de EL PAÍS sabían que la esencia del periodismo es la verificación de las noticias, algo que hoy día, en la época de la información excesiva y sin comprobación, de la prensa gratuita y de los mensajes anónimos en la Red, se ha convertido en una necesidad social e incluso política que hay que reivindicar. Así es como se leen hoy día los primeros ejemplares y sobre todo los editoriales y artículos fundacionales cuando se medita sobre las incertidumbres del futuro. Siempre hay que cambiar, personal y colectivamente, pero el reto es permanecer en lo que es esencial en cada uno, seguir siendo lo que somos y proyectarnos en el futuro tal como somos.

## EL PAÍS DE 2004

Yolanda Monge

# Rigor e independencia

CÓMO ERAN. Cómo somos. Sé cómo somos. Y recuerdo vagamente cómo eran. Recuerdo que en 1980 me parecían muy serios. Y algo tristes (aunque me temo que a los niños de aquella época los mayores de entonces siempre nos parecían tristes; mi abuela decía que su tristeza era debida a su “compromiso político”). Era un día de marzo y el colegio nos llevó a visitar el periódico. Yo, larguirucha como la Panteira Rosa, *gafotas* y con coletas, todavía no sabía, ni siquiera soñaba, que algún día me sentaría a trabajar con algunas de las personas que esa mañana sacaban palabras de pesadas y enormes máquinas de escribir (a mí me parecían enormes). Estaba en EL PAÍS. En el periódico que cada mañana entraba en

mi casa desde que apareció en los quioscos y que, por lo que oía decir a mis padres, era algo más que un diario. Parecía asunto de mucho calado aquello de EL PAÍS. Pero por aquel entonces, y no por llevar la contraria a mis padres, a mí sólo me parecía un periódico. Y, seamos sinceros, con 12 años, no estaba entre mis inquietudes desgranar el significado del titular de aquel día de marzo: “El presidente Suárez inicia en Cataluña una campaña ‘a la americana’”.

Cerca de un cuarto de siglo después, casi no llevo la contraria a mis padres. Ya no parezco Olivia, la de Popeye. Sé muy bien quién fue Suárez. Devoro periódicos y titulares. Y sé que el diario que paga mi hipoteca es algo más que un diario. Intuyo que lo sabemos quienes cada día compartimos moqueta en la sede central de Miguel Yuste, en Madrid —la misma sede desde que se fundó el periódico— y en todas las delegaciones. El mismo edificio, arquitectura en el mejor estilo de los años setenta. Recuerdo poco de cómo era aquella redacción, pero supongo que lo que les movía a ellos y lo que nos hizo periodistas a nosotros era y es, salvando distancias históricas, lo mismo: la necesidad de contar lo que pasa, de bucear en la realidad, de investigar en las causas. De informar. En este oficio del que hemos hecho nuestra forma de vida, la vocación es el princi-

pio y el fin de un viaje romántico que iniciamos al escribir nuestro primer breve. Y que luego, tras decenas de crónicas, siempre recordaremos con añoranza. Los principios que nos mueven a la hora de poner las palabras negro sobre blanco son los mismos ahora que entonces. Rigor e independencia. Y buen oficio.

Pero si la esencia de la aventura que se inició en 1976 no ha cambiado, sí lo ha hecho, y mucho, el escenario. Y no sólo me refiero al geopolítico. Hablo del lugar en el que trabajamos cada día. Hablo de ese lugar casi santuario y fetiche para familiares, amigos y algún que otro periodista que trabaja en otro medio. Hablo de la redacción. Hace casi ocho años me dieron la bienvenida a la sección de Internacional las pantallas del antediluviano sistema Atex, en las que no cesaban de parpadear letras de color verde. Un sistema arcaico e incomprensible para los nuevos y lógico y sencillo para los veteranos. Pocos meses después de mi incorporación se iniciaba la revolución. Hubo más de un disgusto en aquel rubicón que fue el cambio de sistema de los ordenadores. Y resistencia, mucha resistencia. Quizá ése haya sido el momento en que la brecha entre el entonces y el ahora fue más profunda. Pero ya no quedan cicatrices. Al menos, no visibles.